

EUROPA FRENTE A LOS CAMBIOS MUNDIALES**

Por Raymond Barré

Profesor del Instituto de Estudios Políticos de la Facultad de Derecho y Ciencias Económicas de París. Consejero del Banco de Francia. Fue Primer Ministro y Ministro de Economía y Finanzas, y autor del Plan económico que llevó su nombre. De 1967 a 1972 fue Vicepresidente para asuntos económicos y financieros de la Comisión de las Comunidades Europeas.



En los últimos años, las dificultades que asaltan al mundo han afectado profundamente a la situación interior y a la posición internacional de los países europeos occidentales. Si es verdad que los grandes Estados-Continentes, ya se trate de los Estados Unidos o de la URSS, se enfrentan con problemas terribles, no es menos cierto que Europa Occidental aparece hoy como más frágil, más vulnerable, más incierta en su futuro. En poco tiempo, los factores que aseguraban a nuestros países un brillante desarrollo económico y que llevaban a hablar de «milagros», de un rápido progreso social y de una influencia creciente en los asuntos mundiales, se han transformado profundamente. Hoy, la gran empresa que desde 1950 ha conducido a la creación de la Comunidad Europea de los Seis y, después, de los Nueve y de los Diez, y que hacía aparecer una nueva ampliación de esta Comunidad a España y Portugal bajo auspicios favorables, es golpeada de frente

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología y la Energía. El tema desarrollado actualmente es el de Europa. ▶

** Texto de la conferencia pronunciada en la Fundación, el 15 de febrero, dentro del ciclo «Europa, hoy» (c.f. págs. 17 y sig.).

por las turbulencias económicas monetarias y financieras mundiales. Y, en torno a los países de la Comunidad, los demás países de Europa Occidental se resienten de los efectos de esta situación.

Cada vez más se oye hablar de una decadencia de Europa Occidental. Esta ha atravesado frecuentemente en la Historia etapas difíciles, comenzando por aquéllas en que se agotaba en luchas fratricidas. Hace treinta y cinco años pocos observadores hubieran pensado que Europa Occidental —destruida, arruinada, desangrada— reencontraría en algunos años la prosperidad y el poder. Nuestras viejas naciones, cargadas de historia y de experiencias, ricas en recursos humanos e intelectuales insospechados, han mostrado en diversas ocasiones que no estaban amenazadas más que en la medida en que se abandonaran ellas mismas. ¿Por qué no podrían, hoy, analizar con lucidez los problemas actuales a los que se enfrentan y poner en práctica resueltamente las soluciones que les abrirían el camino de la renovación?

En esta perspectiva quisiera examinar los tres problemas principales que, a mi juicio, se plantean a las naciones de Europa Occidental: su seguridad, su futuro económico y su organización política y social; e intentar esbozar las respuestas de las que depende, según mi parecer, la salida: es decir, su decadencia o su progreso.

I

Europa Occidental se siente amenazada en su seguridad. La evolución política internacional en los quince últimos

En números anteriores se han publicado *Génesis histórica del europeísmo*, por Antonio Truyol Serra, Catedrático de Derecho y Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense; *Balance y perspectivas del Mercado Común*, por Matías Rodríguez Inciarte, Técnico Comercial del Estado; *Portugal y la Comunidad Económica Europea*, por José da Silva Lopes, ex-ministro de Finanzas de Portugal; *Reflexiones sobre política europea*, por Thierry de Montbrial, Director del Instituto Francés de Relaciones Exteriores; *Reflexiones políticas sobre defensa y seguridad de Europa*, por Javier Rupérez, Embajador jefe de la Delegación Española en la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación en Europa; *La defensa y la seguridad europeas*, por Fernando Morán, Diplomático y escritor; *El triángulo euroatlántico*, por James O. Goldsborough, miembro del Consejo para las Relaciones Exteriores de Nueva York; *Los grupos políticos en el Parlamento Europeo*, por Jacques Georgel, Profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas de Rennes; *Europa y el sistema internacional*, por Ian Smart, ex-director adjunto del Instituto Internacional para Estudios Estratégicos; *América Latina, Europa y el Nuevo Orden Económico Internacional*, por Felipe Herrera, Presidente del Banco Interamericano de Desarrollo; *Europa: una economía en la encrucijada*, por José Luis Sampedro, Catedrático de Estructura Económica; *Europa y el desafío ecologista*, por Konrad von Moltke, Director del Instituto de Política Europea del Medio Ambiente; *Europa, como idea e impulso*, por Hendrik Brugmans, Profesor de Historia de las Civilizaciones en la Universidad Católica de Lovaina; y *La identidad ideológica de la Europa Occidental*, por José María de Areilza, Presidente de la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa.

años había permitido esperar que el tiempo de la «guerra fría» dejaría progresivamente su lugar a un período de distensión entre el Este y el Oeste, reforzado por una cooperación creciente en materia económica, financiera y cultural entre países de sistemas económicos diferentes, y favorecido por el equilibrio de fuerzas entre superpotencias. Pero esta visión alentadora para el porvenir ha sido cuestionada por una serie de hechos.

En primer lugar está el refuerzo continuo de la potencia militar soviética, tanto nuclear como convencional. La Unión Soviética se ha entregado a lo que se ha podido llamar «una carrera unilateral de armamentos»; y la implantación por la Unión Soviética de misiles de alcance medio —y, sobre todo, de cohetes SS 20 orientados hacia Europa Occidental— ha incrementado la inquietud y la desconfianza. Además, la Unión Soviética practica una «estrategia periférica» que reviste diversos aspectos: expansión considerable de sus fuerzas navales por todos los océanos; intervenciones militares fuera de su zona habitual de influencia; y acciones de desestabilización política, que frecuentemente se llevan a cabo a través de sus satélites.

Al mismo tiempo, los Estados Unidos han atravesado una fase de debilitamiento, provocado por la guerra del Vietnam y por el asunto «Watergate» y acentuado por la crisis del dólar y por la disminución de su esfuerzo militar. Después, su credibilidad internacional se ha reducido por las incertidumbres y dudas de su política exterior. Muchos países de Europa Occidental, ligados a los Estados Unidos por su política de defensa, han podido inquietarse por ciertas declaraciones de personalidades oficiales norteamericanas acerca de la utilización de las fuerzas nucleares estratégicas de los Estados Unidos en caso de conflicto en Europa, o acerca del carácter limitado a Europa que podría tener eventualmente un conflicto nuclear. Así puede explicarse en ciertos medios europeos la tentación de neutralidad o de pacifismo. Por otra parte, la política de distensión había producido la sensación de que los riesgos de conflicto en Europa se reducían, lo cual llevó consigo una cierta relajación de los esfuerzos defensivos de la OTAN.

La sensación de inseguridad ha aumentado desde 1980 a causa de la tensión internacional provocada por la intervención de fuerzas soviéticas en Afganistán y por los recientes dramáticos sucesos de Polonia. Estos muestran que la ideología comunista no puede prevalecer contra la aspiración de los hombres a la libertad y que ninguna tentativa de implantar servidumbres puede ahogar el sentimiento nacional; y manifiestan también que el sistema económico practicado en el Este conduce al descenso del

nivel de vida, a la regresión económica y a la quiebra financiera. Pero estos acontecimientos no dejan lugar a duda sobre la voluntad de la Unión Soviética de mantener por todos los medios su influencia y su autoridad en un país que es esencial en el dispositivo político y militar que protege su imperio. El aspecto dramático de la situación polaca consiste en que el «statu quo» territorial que hay en Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial no podría cuestionarse más que por la guerra. Y éste es precisamente el fondo del problema. En todo caso, después de estos acontecimientos ¿quién puede señalar los límites que la Unión Soviética pretende mantener en su acción internacional? Se impone la vigilancia.

Sin embargo, el problema alemán sigue estando en el corazón de la política europea. Lejos de mí la idea de dudar de los sentimientos de los alemanes occidentales con respecto a sus vecinos y aliados; pero debemos comprender su cuidado por mantener con los alemanes del Este los intercambios personales y familiares que han podido establecerse a pesar de los obstáculos y de los chantajes. Asimismo debemos comprender sus interrogantes sobre las condiciones de defensa de su territorio y, al mismo tiempo, su inquietud por verlo convertido en un campo de batalla nuclear. Finalmente, teniendo en cuenta los lazos económicos, financieros, culturales y científicos establecidos en los últimos años entre países de Europa Occidental y de Europa Oriental, podemos comprender que una vuelta a la «política de bloques» significaría un retroceso terrible, profundamente contrario a las realidades europeas.

Inquieta por la seguridad, Europa Occidental atraviesa una crisis económica amplia y duradera. Tras treinta años de prosperidad ininterrumpida, favorecida por el desarrollo intensivo de los intercambios intraeuropeos y con el exterior, los países de Europa Occidental sufren ahora la inflación, el paro y el déficit exterior.

Estas dificultades son la consecuencia de varios factores: el alza de los precios del petróleo, que ha provocado un aumento masivo del costo de la energía; la intensificación de la competencia internacional; y la rigidez creciente de las economías, debida al envejecimiento de ciertas estructuras, a la elevación de los costos de producción, al inflamiento de los gastos sociales y al comportamiento de los grupos socio-profesionales aferrados al mantenimiento o al crecimiento de sus rentas reales.

Nada es más interesante que la comparación de ciertos indicadores de la Comunidad Económica Europea en los períodos 1960-1973 y 1973-1981: el Producto Nacional Bruto aumenta con una tasa anual media del 4,9% durante

el primer período y con una tasa del 1,9% en el segundo; la tasa anual media de inflación pasa del 4,6% al 10,7%; el índice de paro pasa del 2,5% en 1973 al 9,1% en diciembre de 1981; y la balanza de pagos corrientes, equilibrada en 1973, tiene un déficit de 37.000 millones de dólares en 1980.

La degradación de la situación económica y social no ha sido, tal como se esperaba, de corta duración. Desde 1973 todos los países de Europa Occidental viven con inflación, paro y déficit exterior; y las perspectivas de una recuperación de la actividad económica y de una nueva fase de expansión no cesan de retroceder.

De esta manera aparece un tercer problema: un malestar político lleva a distintos sectores de la población a interrogarse sobre el tipo de organización de la sociedad en los países europeos occidentales; y esta interrogación puede percibirse en distintos niveles.

Conciérne, en primer lugar, a la aptitud de las políticas económicas practicadas hasta ahora para superar los desequilibrios, tanto nacionales como internacionales. Descuidando el análisis profundo de la naturaleza y de las causas de la crisis actual, la crítica sobre los objetivos y medios de dichas políticas argumenta a partir de la duración de los desequilibrios y de su resistencia fundamental a los remedios propuestos hasta ahora. Para obtener un crecimiento económico mayor, lograr el pleno empleo e incrementar los ingresos, de acuerdo con los deseos de la opinión pública, los principios de gestión heredados en materia de crédito, finanzas públicas, endeudamiento interior y exterior y tipos de cambio, se han sacrificado a una «huída hacia adelante» que acaba trazando peligrosos rasgos sobre el futuro.

La interrogación se lleva a veces al nivel del sistema económico que predomina en el mundo occidental. Las causas del estancamiento, de la inflación y del paro ya no se buscan sólo en los factores económicos y en los comportamientos socio-económicos: esas causas se imputan al sistema capitalista, a sus estructuras nacionales e internacionales y a las deficiencias e impotencia de la economía de mercado, aunque ésta no tiene ya relaciones con el liberalismo puro y, en una parte importante, está regulada por el Estado. La crítica culmina en la preferencia por el socialismo estatal y planificador, en un estadio intermedio en la elección de un sistema económico caracterizado por la constitución de un amplio sector público industrial, llamado a jugar un papel de motor de inversiones y de empleo, de un sector público bancario, encargado de distribuir el crédito conforme a un plan económico detallado, así como por una redistribución de ingresos y patrimonios, que asegure una mayor igualdad social y

financie un sistema de protección social extendida. Más allá de la socialdemocracia, que acepta los mecanismos de la economía de mercado, se ve aparecer un nuevo tipo de organización económica y social, ilustrada hoy por lo que se ha llamado «socialismo a la francesa».

Cualquiera que sea el nivel en que se sitúe la pregunta sobre la organización económica y social, en las discusiones en curso se comprueba una tendencia a cuestionar los principios de libertad de cambios y de pagos, adoptados en el mundo occidental desde la Segunda Guerra Mundial, practicados progresivamente durante treinta años y salvaguardados hasta hoy a pesar de las dificultades.

Ciertamente, existe una gran conciencia del grado considerable de la interdependencia que hay, no sólo entre los países industrializados occidentales, sino también entre países del Oeste y del Este, del Norte y del Sur. Pero la magnitud del paro que golpea a muchos países sirve, cada vez más, de argumento poderoso en favor del proteccionismo, mientras que las políticas de crédito y de cambio adoptadas por los Estados Unidos, sin considerar sus consecuencias para el resto del mundo, aparecen como la manifestación insoportable de la dominación económica, monetaria y financiera ejercida por los Estados Unidos, y pueden engendrar reacciones de aislamiento en el seno del sistema internacional de pagos.

Tales son los mayores problemas que, a mi juicio, se plantean a Europa Occidental. Tal es el contexto político e intelectual en el que son discutidos. ¿Qué respuesta podemos darles?

II

Esta respuesta puede definirse, por tres términos: el espíritu de defensa, la voluntad de adaptación y el sentido de la responsabilidad.

Todos los países de Europa Occidental —cada uno según su situación y sus posibilidades— deben mostrar sin equívocos su voluntad resuelta de defender su independencia contra cualquier amenaza, venga de donde venga, y de conseguir los medios para ello. En efecto, una nación que no quiere asegurar su defensa o que, total o casi totalmente, se pone en manos de otra, está condenada a la inexistencia política. Esto quiere decir que, a pesar de las dificultades económicas del momento, cada país europeo debe aceptar conceder el esfuerzo humano y financiero necesario para su seguridad. La participación en una alianza y la cobertura estratégica suministrada por un

aliado poderoso no pueden dispensar a un país de un esfuerzo propio de defensa ni, con mayor razón, de la contribución a la Alianza.

La fidelidad al espíritu de defensa debe traducirse también en la búsqueda de una cooperación más estrecha entre los países europeos. Los acontecimientos recientes en el mundo han hecho resurgir la idea de una «defensa europea»; idea ciertamente seductora, pero que no debe suscitar ilusiones que, en este dominio, son peligrosas. Dudo que pueda haber una «defensa europea» sin una entidad europea dotada de una autoridad política legítima que disponga de los poderes necesarios. Y no me parece evidente que vayan a reunirse pronto las condiciones de semejante desarrollo.

No se pueden olvidar, por otra parte, las ocasiones desaprovechadas desde hace veinte años para llegar a una mejor cooperación europea en materia de defensa: la integración de la fuerza nuclear británica en la OTAN a consecuencia de los acuerdos de Nassau; las limitaciones puestas por el Parlamento de la República Federal de Alemania a las virtualidades del Tratado Franco-alemán de 1963, cuando se votó el preámbulo a dicho Tratado; y los avatares de la fuerza multilateral a principios de los años sesenta.

Por otra parte, suponiendo que los países europeos interesados estuvieran de acuerdo, ¿qué espíritu experto en asuntos diplomáticos y militares podría engañarse sobre los exactos sentimientos de las dos superpotencias acerca de una «defensa europea»? Me parece que, todavía por muchos años, la seguridad de Europa Occidental dependerá, por una parte, del equilibrio de fuerzas entre las superpotencias y, por otra, de un compromiso sin equívocos de los Estados Unidos, en el seno de la Alianza Atlántica, para defender a los países europeos, y de una resolución por parte de éstos, sin ambigüedades y con compromisos concretos, de defenderse con los medios apropiados.

Por esta razón debemos felicitarnos por la decisión del Presidente Reagan de incrementar los gastos militares de los Estados Unidos y esperar que los países miembros de la OTAN procedan a instalar misiles Pershing frente a los misiles soviéticos de alcance medio. Lo esencial es que se evite el «desacoplamiento» entre los Estados Unidos y sus asociados europeos en la Alianza. En la concepción de la respuesta escalonada, el nivel euro-estratégico es, desde este punto de vista, el lazo vital entre las fuerzas convencionales, esencialmente europeas, y las fuerzas nucleares estratégicas americanas.

Francia, por su parte, que ha mantenido su esfuerzo de defensa en el período de la distensión, permanecerá siempre

fiel a la Alianza; pero, en mi opinión, no podrá renunciar en ningún caso al libre mando de sus fuerzas nucleares y convencionales. Yo deseo que prosiga su esfuerzo en favor de sus fuerzas estratégicas, que son las únicas armas de disuasión independientes y auténticamente europeas, y que mantenga un importante esfuerzo de investigación para evitar ser sorprendida por una eventual brecha tecnológica. Quizás se pueda en el futuro estudiar una fórmula, apenas esbozada, según la cual, ante la imposibilidad de dotar a Europa de una disuasión única y autónoma, Francia podría extender a sus asociados, y especialmente a Alemania Federal, una garantía nuclear a la que Gran Bretaña podría unirse. Una fórmula tal requeriría, evidentemente, la aceptación de los países concernidos por ella. Aquí se trata de una cuestión política de primera magnitud que merece la más seria de las reflexiones.

El refuerzo de la seguridad de Europa Occidental no excluye, de ninguna manera, el diálogo político con la Unión Soviética y con los países del Este. A los países europeos les interesa mantener los lazos de todo género establecidos en los últimos años entre el Este y el Oeste de nuestro continente: esto responde a las profundas realidades europeas y sirve a la paz. Pero el diálogo no significa abandono ni complacencia. El diálogo forma parte de las relaciones normales entre potencias y sólo es útil si se establece desde una posición de firmeza y si no deja al interlocutor soviético ninguna duda sobre la voluntad de defensa de todos los países de Europa Occidental sin excepción. Los intercambios entre la Europa del Oeste y la Europa del Este, por lo demás, no constituyen por sí mismos un factor de debilitamiento del Oeste ni una causa de dependencia. Por ejemplo, comprar gas a la Unión Soviética no incrementa la dependencia del país comprador, si éste está decidido a no ceder al chantaje de una posible interrupción del suministro y a soportar las consecuencias eventuales de ello. La independencia de una nación es, en primer lugar, una cuestión de dignidad y de carácter.

El refuerzo de la seguridad en Europa Occidental no está reñido, por otra parte, con las negociaciones de las superpotencias sobre el control de armamentos y sobre el desarme. Pero es claro que las negociaciones sobre armas estratégicas y convencionales no deben llegar a privar a los países europeos de los medios defensivos necesarios o a imponerles límites en su utilización. La verdadera cuestión está en reducir el sobre-armamento de las superpotencias y no en desarmar a los más débiles. Goliat no puede privar a David de su honda.

Salvaguardar la paz mediante la firmeza y el diálogo: tal

debe ser en las presentes circunstancias el objetivo principal de los países de Europa Occidental. Recordemos, a este respecto, la fórmula del Presidente Kennedy: «No negociemos nunca porque tengamos miedo; pero nunca tengamos miedo de negociar».

La seguridad de un país y su capacidad de defensa no dependen solamente de la importancia de sus medios militares y de su voluntad de defensa, sino también de la fuerza de su economía. En un mundo en el que la competencia es cada vez más viva, un país que vaya a remolque en materia de progreso técnico y de productividad, y a la deriva en materia de finanzas y de moneda, apenas es apto para disponer del margen de maniobra que expresa su libertad de elección y decisión. La independencia a la que un país no puede renunciar no se apoya sólo en factores militares y psicológicos, sino que tiene una base económica esencial. Es el fruto de una constante *voluntad de adaptación* a los adelantos de la técnica y a los cambios del entorno internacional.

Cuando se observa la situación actual de las economías de Europa Occidental, se disciernen rápidamente las líneas de fuerza de la acción necesaria para asegurar su dinamismo y su eficacia. La primera preocupación debe ser el asegurar *una menor dependencia energética*. Aunque Europa Occidental dispone de los recursos en petróleo y en gas del Mar del Norte y aunque todavía se puede explotar carbón en Alemania Federal, los países europeos son tributarios del petróleo importado del Oriente Medio para la satisfacción de sus necesidades energéticas. Los «choques petroleros» de 1973/1974 y de 1979/1980 han hecho visibles las consecuencias del paso brutal de una situación de abundancia de petróleo a un estado de penuria.

Estas experiencias han llevado a los países consumidores a organizarse mejor para enfrentarse a una situación de crisis, principalmente mediante la diversificación de las fuentes de aprovisionamiento y una política prudente de almacenamiento. Hoy parece que el mundo nada de nuevo en plena abundancia de petróleo, disponible a un precio en baja. Pero desconfiemos de la euforia que podría engendrar esta evolución del mercado petrolero y pensemos en las consecuencias que podría tener en el equilibrio de dicho mercado una crisis que afectara al principal país productor, Arabia Saudita. Señalemos igualmente que la actual abundancia de petróleo está ligada al débil ritmo de actividad económica en el mundo, y que una aceleración económica se traduciría en una tensión sobre la demanda y el precio del petróleo. Por otra parte, la disminución de ingresos en los países productores puede inducirles a aumentar el precio de venta de sus productos.

Así, la disminución de la dependencia europea respecto del petróleo importado debe seguir siendo un objetivo prioritario. Este objetivo se alcanzará primero aprovechando energías alternativas, comenzando por la energía nuclear. En este sentido, las dudas o la lentitud de ciertos países europeos pueden comprometer su propia situación y reducir los efectos positivos de los esfuerzos desarrollados en este campo por otros países europeos. En segundo lugar, los países europeos deben continuar sus políticas de economía de energía. De 1979 a 1981 la demanda media de petróleo se ha retraído alrededor de un 14 por 100, frente al 11 por 100 habido en los Estados Unidos; resultado que proviene, en más de su mitad, de los esfuerzos de economía y de sustitución del petróleo por nuevas fuentes de energía.

Se debe intensificar estos progresos. No sólo aseguran a los países europeos una mayor seguridad en los asuntos energéticos; además, favorecen las inversiones, pues el relanzamiento energético es, sin duda ninguna, una «nueva frontera» para las economías europeas.

La segunda exigencia que se impone a los países europeos es *la lucha contra la inflación*. Tarea esencial, puesto que la inflación reduce la competitividad de las exportaciones indispensables a los países europeos para procurarse los productos energéticos, las materias primas y los productos intermedios necesarios para su industria, ya que debilita su moneda, haciendo pagar más caras sus importaciones y provocando así una «pérdida de sustancia» en la economía nacional. Tarea indispensable, si los países europeos quieren reducir el paro que es, en una buena parte, el resultado de los desequilibrios inflacionistas de los últimos años, y que sólo podrá ser reabsorbido si el saneamiento de la economía occidental permite una baja de los tipos de interés y un alza de la inversión. Tarea difícil, en la medida en que la inflación no sólo resulta de factores económicos y monetarios, sino también de comportamientos sociales heredados de un largo período de prosperidad y facilidad, y de causas internacionales como el inflamamiento de la liquidez internacional o la evolución de una economía dominante, como la de los Estados Unidos, caracterizada por las variaciones excesivas de los tipos de interés y de cambio.

La lucha contra la inflación debe concebirse en las economías contemporáneas como una *política a medio plazo*, llevada con continuidad y combinando un cierto número de instrumentos de la política económica. Ciertas experiencias actuales muestran qué peligroso es basar una política económica sobre un solo elemento de la vida económica promovido al rango de factor determinante. Los monetaristas tuvieron razón al atraer la atención hacia el

necesario control de la masa monetaria. Ninguna política contra la inflación puede ser coronada por el éxito si los medios de pago crecen más deprisa que la producción real: la determinación de un objetivo de crecimiento de la masa monetaria es un punto de referencia útil para los agentes económicos y para el Estado. Pero la evolución reciente de la economía de los Estados Unidos muestra que una atención exclusiva a la masa monetaria puede llevar a variaciones excesivas de los tipos de interés, que perturban gravemente los cálculos de los agentes económicos y el funcionamiento de los mercados financieros. La política monetaria, pues, debe comportar a la vez una acción sobre la masa monetaria y una acción sobre los tipos; debiendo tender esta última, no a fijar un nivel artificial en estos tipos, sino a regularizar su evolución.

Pero la mejor de las políticas monetarias será ineficaz si no está sostenida por una política presupuestaria apropiada. El rápido aumento de los gastos públicos en la mayoría de los países occidentales durante los últimos años ha entrañado un inflamamiento de los déficits presupuestarios, que comporta a su vez una presión creciente sobre los mercados financieros y un nivel elevado de los tipos de interés. En muchos casos la coyuntura puede justificar la aceptación de un déficit presupuestario; pero es necesario que éste no se convierta en estructural y que su cuantía sea compatible con una financiación mediante recursos de ahorro y no por creación de moneda.

Creo que las dificultades actuales de numerosos países proviene del laxismo presupuestario que ha caracterizado su gestión; y estoy convencido de que la mejora de la situación económica internacional pasa por la realización de políticas presupuestarias, tendentes a reducir progresivamente los déficits de las finanzas públicas mediante una disminución sensible del ritmo de incremento de los gastos públicos. La actual política económica de los Estados Unidos, aunque a mi juicio se basa en principios sanos, corre el gran riesgo de quedar comprometida por el inflamamiento de los déficits presupuestarios en los años que vienen. El argumento de que los déficits son tolerables si se les calcula en porcentajes del P.N.B. no me parece convincente, pues el verdadero punto de referencia no es el P.N.B., sino la suma de los recursos no monetarios de financiación disponibles, de los cuales depende, a fin de cuentas, el nivel de los tipos de interés.

Las oportunidades de reactivación de la actividad económica, que en los Estados Unidos podrían resultar del éxito obtenido por la Reserva Federal en su lucha contra la inflación, pueden ser destruidas por el alza de los tipos de interés que resulta de las necesidades de financiación

masiva del Tesoro de los Estados Unidos. Hay aquí, a mi entender, una razón suplementaria para que los países europeos mantengan una política presupuestaria estricta que tienda a una limitación de sus déficits.

La lucha contra la inflación requiere finalmente una política de estabilización del cambio. Tras un período en que el sistema de los cambios flotantes ha sido adornado con todas las virtudes, hoy hay un amplio acuerdo en reconocer que dicho sistema tiende a provocar variaciones excesivas en los tipos de cambio y no favorece los ajustes deseables en las balanzas de pagos. Ciertamente, la estabilidad de los tipos de cambio no debe ser artificial. El nivel y la evolución del tipo deben tener en cuenta las tendencias de fondo de los precios, de los costos y de la balanza de pagos corrientes; pero, si la estabilidad de los tipos de cambio puede obtenerse gracias a la realización de políticas monetarias y presupuestarias coherentes y gracias a la confianza que de aquí resulta, el clima de la actividad económica se encuentra transformado y los agentes económicos disponen de un punto de referencia particularmente útil para sus decisiones.

A estos instrumentos de la política de lucha contra la inflación añaden algunos una política de rentas. Es deseable que una política de estabilización de la economía pueda apoyarse sobre una moderación en la progresión de las rentas nominales y reales. Una concertación entre interlocutores sociales en torno a las grandes orientaciones definidas por el Estado puede contribuir a ello. Además, la política de remuneraciones desarrollada por el Estado en el sector público puede servir de ejemplo y de referencia para el resto de la economía. Pero lo que cuenta ante todo es una combinación adecuada de la política monetaria y de la política presupuestaria. Si la razón de ser de una política de rentas es compensar políticas monetarias y financieras laxistas, esta política es inútil y está condenada al fracaso.

Me refiero ahora a la *política de la oferta* que hoy hace tanto ruido. Pienso que nuestras economías no necesitan sólo una política de regulación de la demanda de inspiración keynesiana, sino que también deben beneficiarse de una *política de oferta competitiva*, entendiendo por esto todas las medidas que conducen a un crecimiento de la productividad global de la economía: la estimulación de la investigación, de la innovación y de la inversión mediante iniciativas fiscales o por créditos en condiciones ventajosas; la adaptación de las estructuras de producción, permitiendo la renovación de actividades antiguas mal adaptadas a la evolución de la demanda, la diversificación de la producción y el desarrollo de las industrias de tecnología avanzada; la eliminación de reglamentaciones que tienden a frenar

la producción o a incrementar los costos de la producción; y la aceptación de la competencia internacional, ya rechazando medidas proteccionistas para salvaguardar actividades en declive, ya reduciendo progresiva pero regularmente las protecciones existentes.

Tal política de la oferta es, junto con la de lucha contra la inflación, la mejor respuesta al problema del paro, porque favorece la creación de empleos sanos y duraderos. Además, tal política permite la adaptación de la economía a las nuevas condiciones del mundo y contribuye ampliamente al mantenimiento de las rentas reales, que sólo puede obtenerse por el crecimiento de la productividad. Una política de adaptación así concebida puede comportar esfuerzos y requerir disciplinas, pero es la única política que puede permitir salir con éxito de las dificultades y resolver progresivamente el doloroso problema del paro.

Ya se trate del espíritu de defensa o de la voluntad de adaptación, es evidente que el porvenir de nuestros países depende ante todo del *sentido de la responsabilidad* de sus ciudadanos.

Este debe ejercerse primeramente *en el dominio político*. Europa Occidental es la tierra de la libertad, de todas las libertades, y ha sido el hogar de la democracia, aunque en ciertas épocas hayan podido manifestarse desviaciones nefastas y perversas. En el mundo de hoy, los valores a los que se han adherido los europeos —libertad, respeto de la persona humana, tolerancia— aparecen en muchos lugares escarnecidos, ignorados y, en todo caso, frágiles. Los europeos tienen una responsabilidad eminente: no sólo la de afirmar estos valores, sino sobre todo la de practicarlos de forma que sus posturas no puedan ser criticadas y su defensa de esos valores no pueda ser combatida. Precisamente porque la acción defensora de los derechos humanos se revela a veces impotente, los países de Europa Occidental deben sostener por su actitud ejemplar la presión moral sobre aquellos que violan los principios de la libertad y que a veces lo hacen tras haberse comprometido solemnemente a respetarlos.

El sentido de la responsabilidad debe manifestarse también en el campo económico y social. La elección que parece ofrecerse hoy es ésta: por una parte, *la sociedad de seguridad y de asistencia*, basada sobre el control estatal de las actividades económicas y sociales, sobre la generación de las prestaciones sociales que cubran las necesidades individuales y sobre la redistribución de las rentas y patrimonios que tienda a la igualdad social mediante la nivelación; y, por otra parte, *la sociedad progresiva*, fundada en la libre actividad de los hombres, en su

capacidad de invención e innovación, en su aptitud para asumir los riesgos y en la igualdad de oportunidades para todos.

La sociedad progresiva es liberal, no porque excluya la intervención del Estado y se abandone al «laissez-faire, laisser-passar», sino porque admite una intervención del Estado compatible con la libertad de decisión de los agentes económicos y sociales. El Estado no actúa por la vía de reglamentaciones minuciosas y numerosas. El Estado no abdica de ninguna de sus responsabilidades, principalmente en lo que se refiere a las acciones a largo plazo que requieren su impulso y su apoyo, sino que procede por la vía de las incitaciones y deja que se ejerzan las iniciativas y las responsabilidades privadas.

La sociedad progresiva no es una sociedad de competencia salvaje entre los individuos, donde los fuertes aplastan a los débiles. Es una sociedad de emulación, donde cada uno puede encontrar su oportunidad, donde las desigualdades están ligadas a diferencias de eficiencia más que a razones sociales o institucionales, y donde según las bellas palabras de Tocqueville los ciudadanos tienen «una aspiración a subir y un temor a descender». La justicia no proviene del espíritu de la lucha de clases, sino de un espíritu de solidaridad. No conduce a la sociedad al estancamiento, al uniformismo y al tedio, sino que permite, con respeto a las personas, una competición creadora. La sociedad progresiva es el tipo de sociedad conforme a los valores tradicionales y al futuro de Europa Occidental.

En un momento en que reina un gran malestar en nuestros países, en que los europeos parecen dudar de poder dominar su destino, en que nuestro viejo continente parece hundirse en un lodazal económico y político, y en que las tensiones sociales hacen temer a veces elecciones políticas aventuradas, creo que es más necesario que nunca fijarse objetivos claros y subrayar las razones de esperanza. Europa Occidental ha mostrado, en distintos momentos de su historia, que era capaz de adaptarse a los nuevos datos de la situación internacional. Los europeos han mostrado en diversas ocasiones que podían aceptar las disciplinas necesarias para su salvación y que sabían hacer prueba de imaginación y de organización. Los europeos han mostrado, desde hace treinta años, que podían unirse en una Comunidad que, pese a dificultades internas e internacionales, no solamente no se deshacía sino que progresaba lentamente.

Si para concluir fuera necesario resumir mi pensamiento, diría simplemente: no subestimemos a Europa. En el futuro, el mundo podrá seguir contando con ella.